

EL ZORRO ROJO

LA VIDA DE SANTIAGO CARRILLO

PAUL PRESTON



DEBATE

**El zorro rojo
La vida de Santiago Carrillo**

Paul Preston

Traducción de
Efrén del Valle Peñamil

www.megustaleerebooks.com

Índice

El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo	
Agradecimientos	
Prólogo	
1. La creación de un revolucionario. 1915-1934	
2. La destrucción del PSOE. 1934-1939	
3. Una ambición sin límites. 1939-1950	
4. La eliminación de la vieja guardia. 1950-1960	
5. El héroe solitario. 1960-1970	
6. De enemigo número uno a tesoro nacional. 1970-2012	
Epílogo	
Imágenes	
Notas	
Biografía	
Créditos	
Acerca de Random House Mondadori	

Para Nines y Nicolás

Agradecimientos

Este libro nació en los años setenta cuando empecé a recopilar información sobre la resistencia antifranquista. Entonces, y hasta ahora, hablé con frecuencia con muchos de los protagonistas de este libro, incluido el propio Santiago Carrillo. Muchos de los que compartieron sus recuerdos y opiniones conmigo ya han fallecido, pero me gustaría expresar aquí mi gratitud hacia ellos: Santiago Álvarez, Manuel Azcárate, Rafael Calvo Serer, Fernando Claudín, Tomasa Cuevas, Carlos Elvira, Irene Falcón, Ignacio Gallego, Jerónimo González Rubio, Carlos Gurméndez, Antonio Gutiérrez Díaz, K. S. Karol, Domingo Malagón, José Martínez Guerricabeitia, Miguel Núñez, Teresa Pàmies, Javier Pradera, Rossana Rossanda, Jorge Semprún, Enrique Tierno Galván, Manuel Vázquez Montalbán, Francesc Vicens y Pepín Vidal Beneyto.

A lo largo de los años también he hablado de los temas de este libro con amigos y gente que aparece en él. Estoy muy agradecido por todo lo que aprendí de Beatriz Anson, Jordi Borja, Natalia Calamai, William Chislett, David Ginard i Féron, María Jesús González, Fernando Hernández Sánchez, Esther López Sobrado, Aurelio Martín Nájera, Teresa Miguel Martínez, Rosa Montero, Michael Richards, Ana Romero, Nicolás Sartorius, Miguel Verdú y Ángel Viñas Martín.

Por último, este libro no hubiera sido posible sin los amigos que me han ayudado a encontrar información, me han facilitado interpretaciones y han leído capítulos: Javier Alfaya, Nicolás Belmonte Martínez, Laura Díaz Herrera, Helen Graham, Susana Grau, Gregorio Morán, Linda Palfreeman, Sandra Souto Kustrin y Boris Volodarsky. A ellos, mi agradecimiento.

Prólogo

Esta es la compleja historia de un hombre importante. Entre 1939 y 1975, el Partido Comunista de España fue el más firme opositor al régimen de Franco. Como su líder efectivo durante dos décadas, Santiago Carrillo fue probablemente el enemigo izquierdista más consistente del Dictador. Otra cuestión es si a Franco le preocupaba la oposición de izquierdas. No obstante, la ausencia de una figura comparable en el movimiento anarquista o socialista hace que el título recaiga incuestionablemente en Carrillo.

La suya fue una vida de fases claramente diferentes y aparentemente contradictorias. En la primera mitad de su vida política, en España y en el exilio desde mediados de los años treinta hasta mitad de los setenta, desde la izquierda fue admirado por muchos como un revolucionario y pilar de la lucha antifranquista, y odiado por otros por considerarle un estalinista sepulturero de la revolución. Para muchos partidarios de la derecha era un monstruo denigrado como un asesino de masas por sus actividades durante la Guerra Civil. Carrillo se dio a conocer como un impetuoso líder de las Juventudes Socialistas cuya retórica incendiaria contribuyó, en no despreciable medida, a los sucesos revolucionarios de 1934. Tras dieciséis meses en prisión abandonó y traicionó al Partido Socialista al llevarse su movimiento Juvenil al Partido Comunista. Esta «dote», así como su incondicional lealtad a Moscú, fueron recompensadas durante la Guerra Civil con un rápido ascenso en las filas comunistas. Con menos de veintidós años se convirtió en el jefe de Orden Público de la asediada capital de España y adquirió una perdurable notoriedad por su supuesto papel en los episodios conocidos genéricamente como Paracuellos, la eliminación física de prisioneros derechistas.

Después de la contienda fue un fiel *apparatchik* que, gracias a su destreza y despiadada ambición alcanzó el liderazgo del Partido Comunista.

En el transcurso de la segunda mitad de su carrera política, desde mitad de los años setenta hasta su muerte en 2012, llegó a ser visto como un tesoro nacional por su contribución al restablecimiento de la democracia. Desde su regreso a España en 1976 hasta 1981, sus habilidades, refinadas en las luchas internas de poder del PCE, fueron aplicadas en el terreno de la política nacional. Durante los primeros años de la transición parecía como si los intereses del PCE coincidieran con los de toda la población. Su moderación en aquel tiempo y sobre todo su valentía la noche del 23 de febrero de 1981, lo canonizaron como un pilar crucial de la democracia. Después de esto, volvió a su papel de líder del partido y fue arrollado por el conflicto generacional. Entre 1981 y 1985 presidió la destrucción del PCE que a lo largo de cuarenta años había conformado a su imagen y semejanza. Por ello, al final de su vida y en su muerte fue objeto de numerosos tributos y panegíricos de la clase dirigente española, desde el rey hasta importantes pesos pesados de la derecha.

Las vicisitudes de la carrera política de Carrillo plantean la cuestión de si simplemente era un cínico o un inteligente camaleón. En 1974, negando la existencia del culto a la personalidad en el PCE, proclamaba: «Jamás permitiré propaganda alguna de mi persona».¹ Dos años más tarde anunciaba: «No escribiré nunca mis memorias porque un político no puede decir la verdad.»² Ya había contradicho la primera de esas negativas en discursos e informes internos del partido, en los que fraguaba el mito de un abnegado luchador por la democracia. Asimismo, en sus últimas cuatro décadas publicó numerosas crónicas de su vida en un sinfín de entrevistas, en más de diez de los muchos libros que él mismo escribió y en otros dos que dictó.³ En ese sentido compartía con Franco el afán por reinventar y enriquecer constantemente la historia de su vida.

Así pues, este relato de una vida fascinante difiere de forma significativa de las numerosas versiones ofrecidas por él, que se cotejan aquí con una copiosa documentación y las versiones de amigos y enemigos. Aquí hay poco sobre la vida personal de Carrillo. Desde que, con trece años, empezó a trabajar en el taller de imprenta del Partido Socialista hasta su retirada de la política activa, parece que vida personal se permitía poca. Sus días estuvieron dominados por su actividad política.⁴ Pese a la aparente sociabilidad y locuacidad de Carrillo, esta es la historia de un hombre solitario. Uno a uno, dio la espalda a aquellos que le ayudaron: Largo Caballero, su padre, Segundo Serrano Poncela, Francisco Antón, Fernando Claudín, Jorge Semprún, Pilar Brabo, Manuel Azcárate o Ignacio Gallego, entre otros. La lista es muy extensa. En su ansia por medrar siempre estuvo dispuesto a traicionar o denunciar camaradas. Esa crueldad fue otro rasgo que compartía con Franco.

Quedará claro que Carrillo poseía algunas cualidades en abundancia: capacidad de trabajo, ímpetu y aguante, destreza en la oratoria y escritura, inteligencia y astucia. Por desgracia, quedará igualmente claro que la honestidad y la lealtad no figuraban entre ellas.

1

La creación de un revolucionario
1915-1934

Santiago Carrillo nació el 18 de enero de 1915 en Gijón, en el seno de una familia de clase trabajadora. Su abuelo, su padre, Wenceslao, y sus tíos se ganaban la vida como metalúrgicos en la fábrica Orueta. Antes de casarse, su madre, Rosalía Solares, era costurera. Wenceslao Carrillo era un destacado sindicalista y miembro del Partido Socialista que puso gran empeño en que su hijo siguiera sus pasos. Como secretario del sindicato metalúrgico asturiano, Wenceslao había sido encarcelado tras la huelga revolucionaria de agosto de 1917. De hecho, Santiago afirmarí más tarde que el recuerdo más temprano que guardaba de su padre era ver cómo la Guardia Civil se lo llevaba periódicamente de la casa familiar en Avilés. Fue allí, y después en Madrid, donde se crió en el seno de una familia cálida y afectuosa, impregnada también por un acusado sentido de la lucha de clases. Su infancia se desarrolló, según sus propias palabras, en una cálida familia numerosa. Ello explicaría la indestructible confianza en sí mismo que siempre habría de sustentar su carrera. En sus memorias asegura que la familia siempre fue tremendamente importante para él.¹ Sin embargo, eso no explica la ferocidad con la que repudió a su padre en 1939. Por aquel entonces, como durante el resto de su vida, al menos hasta su retirada del Partido Comunista a mediados de los años ochenta, las lealtades y la ambición políticas contaban mucho más que la familia.

Santiago tenía seis hermanos, de los cuales dos murieron muy jóvenes. Su hermano Roberto falleció durante una epidemia de viruela en Gijón, de la cual Santiago salió indemne gracias a los desvelos de su abuela paterna, que dormía en la misma cama para impedir que se rascara las

heridas. Su hermana menor, Margarita, murió de meningitis solo dos meses después de nacer. Al provenir de una familia de izquierdas, no escaseaban las tendencias rebeldes, que se vieron exacerbadas en una escuela primaria de signo católico. Para entonces, la familia se había trasladado a Avilés, veinte kilómetros al oeste de Gijón. Por una blasfemia involuntaria, fue obligado a pasarse una hora de rodillas y con los brazos en cruz mientras sostenía en cada mano un libro extremadamente pesado. Como respuesta al fanatismo de sus profesores, sus padres decidieron sacarlo del colegio. Poco después, el Centro Obrero de Avilés inauguró en el desván de su sede central una pequeña escuela para hijos de sindicalistas. Encontrar un profesor no religioso resultó difícil, y la tarea recayó en un barrendero municipal jorobado, un tanto más cultivado que la mayoría de sus compañeros. Más tarde, Carrillo recordaría con arrepentimiento las crueles burlas a las que él y otros niños traviesos sometían al pobre hombre.

Poco después, a principios de 1924, Wenceslao ya era un alto cargo sindicalista empleado a tiempo completo en la Unión General de Trabajadores y colaborador de *El Socialista*, el periódico del PSOE, y la familia se trasladó a Madrid. Allí, con el exiguo salario que la UGT podía pagarle, pasaron por diversos barrios de clase trabajadora. Al principio se vieron obligados a vivir en condiciones atroces, y Santiago incluso recordaría más adelante haber sido testigo de suicidios y crímenes pasionales. En el barrio de Cuatro Caminos tuvo la fortuna de poder acceder a un colegio excelente, el Grupo Escolar Cervantes.² Con el tiempo, atribuyó a sus comprometidos profesores y a sus jornadas lectivas de doce horas una enorme influencia en su desarrollo, sobre todo su indiscutible ética laboral. Entre las críticas que se pueden hacer a Carrillo no está la holgazanería. También lo curtieron las constantes peleas a puñetazos con varios matones del colegio.

A los catorce años, su ambición era ser ingeniero. Sin embargo, ni la escuela ni su familia podían costearle las

pruebas de acceso para cada una de las seis asignaturas del bachillerato. Al no poder seguir adelante con los estudios, abandonó el colegio con una profunda sensación de injusticia social. No obstante, gracias a su padre, pronto emprendería una meteórica carrera en el movimiento socialista. Wenceslao le consiguió un trabajo en la Gráfica Socialista, el taller de imprenta del periódico del PSOE. Ello requería que se afiliara a la UGT y a la Federación de Juventudes Socialistas (FJS). En noviembre de 1929, el ambicioso Santiago, que todavía no había cumplido los quince años, publicó sus primeros artículos en el semanario ovetense *La Aurora Social*, donde pedía la creación de una sección estudiantil en la FJS. Merced a la posición de su padre, ascendió increíblemente rápido en la Federación, y fue admitido por votación en el comité ejecutivo casi de inmediato. En este sentido, tuvo una importancia crucial el hecho de que Wenceslao Carrillo fuera amigo personal de Francisco Largo Caballero, un líder sindical de gran influencia, al que llamaban afectuosamente «Don Paco» en casa de los Carrillo. Cada semana, ambas familias solían celebrar comidas campestres en Dehesa de la Villa, a las afueras de Madrid. Al parecer, además de la comida y el vino, solían llevar un organillo, que utilizaban para acompañar a Don Paco y su esposa, Concha, cuando demostraban sus habilidades con el chotis, el baile madrileño típico. Este vínculo había de suponer un enorme espaldarazo para la carrera de Santiago en las filas del PSOE. De hecho, el veterano líder había dado a menudo el biberón al pequeño Santiago, con lo que se estableció una actitud de paternalismo hacia Santiago que duró hasta la Guerra Civil. Cuando tuvo edad suficiente para entender las cosas, Santiago escucharía con avidez las conversaciones que mantenían su padre y Largo Caballero acerca de las disputas internas de la UGT y el PSOE. No cabe duda de que la postura absolutamente pragmática de esos dos curtidos burócratas sindicalistas ejercería una gran influencia en el desarrollo político de Santiago. El modo en que los conflictos tendían a personalizarse también quedaría reflejado en su gestión de

las polémicas tanto en el Partido Socialista como en el Comunista en estadios posteriores de su vida.³

Pronto empezó a publicar con regularidad en *Renovación*, el semanario de la FJS. Gracias a ello mantenía frecuentes contactos con la célebre y prodigiosa intelectual Hildegart Rodríguez, que había nacido un año después que él y que de adolescente ya ofrecía conferencias y escribía artículos sobre política sexual y eugenesia. A los ocho años de edad, Rodríguez hablaba seis idiomas, y obtuvo una licenciatura en Derecho a los diecisiete. Justo cuando empezaba a cobrar protagonismo dentro de las Juventudes Socialistas, fue abatida a disparos por su madre, Aurora, celosa de su creciente independencia. A principios de 1930, el director de *El Socialista*, Andrés Saborit, brindó a Santiago la posibilidad de abandonar la maquinaria de la imprenta para trabajar a tiempo completo en la redacción del periódico. Un ascenso en el que parece que pudieron influir su padre y Don Paco. Empezó de manera bastante modesta, cortando y pegando artículos de agencia y redactando titulares para estos. No obstante, pronto se convirtió en periodista en prácticas y obtuvo el puesto de informador municipal.⁴

A finales de enero de 1930 se produjo la salida de España del dictador Miguel Primo de Rivera. Entre este momento y la instauración de la Segunda República, el 14 de abril de 1931, hubo una considerable agitación en las filas del movimiento socialista. Desde luego, se apreciaban todavía pocos indicios de la radicalización que se desarrollaría a partir de 1933 y que catapultaría a Santiago Carrillo a una considerable prominencia en el movimiento izquierdista. Los problemas en aquellos días giraban en torno a la validez y el valor de la colaboración socialista con el Gobierno. A finales de los años veinte, justo cuando Santiago Carrillo empezaba a involucrarse en las Juventudes Socialistas, existían básicamente tres facciones dentro de la Unión General de Trabajadores y el PSOE. La más moderada de las tres, aunque en apariencia la más radical por su

adhesión a la rígida teoría marxista, era la liderada por el presidente del partido y del sindicato, Julián Besteiro, catedrático de Lógica en la Universidad de Madrid.⁵ En el centro, aunque en aquel momento era la más realista y, paradójicamente, en el contexto de su época, la más radical, estaba el grupo asociado con Indalecio Prieto, propietario del influyente periódico bilbaíno *El Liberal*.⁶ La tercera facción, a la que estaba vinculado Wenceslao, el padre de Carrillo, era la de Largo Caballero, vicepresidente del PSOE y secretario general de la UGT.⁷ Gracias a su puesto de aprendiz en la plantilla editorial de *El Socialista*, donde mantenía contacto diario con Andrés Saborit, el colaborador más próximo a Besteiro, y a los vínculos con Largo Caballero a través de su padre, a Santiago Carrillo le resultaba fácil seguir las polémicas internas, aunque, para proteger su trabajo, todavía no tomaba partido públicamente.

El movimiento socialista español era fundamentalmente reformista y, a excepción de Besteiro, carecía de una tradición de marxismo teórico. En ese sentido, era fiel a sus orígenes entre los impresores, la aristocracia de la clase trabajadora en el Madrid de finales del siglo XIX. A su fundador, el austero Pablo Iglesias Posse, siempre le interesó más sanear la política que la lucha de clases. Julián Besteiro, su sucesor como líder del partido, también creía que un aislacionismo político marcadamente moral era la única opción viable en el corrupto sistema de la monarquía constitucional. Por el contrario, y en un tono en general más realista, Indalecio Prieto, una persona inusual, puesto que no tenía un sindicato detrás, creía que el movimiento socialista debía hacer cuanto fuera necesario para defender los intereses de los trabajadores. Sus experiencias en la política bilbaína lo habían convencido de la necesidad previa de instaurar la democracia liberal. Sus primeras alianzas con republicanos locales de clase media lo llevaron a defender una coalición republicano-socialista como un paso necesario para obtener el poder.⁸ Ello ocasionó conflictos con Largo Caballero, que desconfiaba de los políticos burgue-

ses y creía que la actividad apropiada para el movimiento obrero era la acción huelguista. La hostilidad que mostró Largo Caballero hacia Prieto durante toda su vida sería asumida en parte por Santiago Carrillo y, desde 1934, formaría parte de su carácter político.

No obstante, el conflicto subyacente entre Prieto y Largo Caballero tuvo escasas repercusiones antes de 1914. Esto obedecía en gran medida a que en las dos décadas previas al estallido de la Gran Guerra, los precios y los salarios habían sido relativamente estables en España, aunque los primeros figuraban entre los más elevados y los segundos entre los más bajos de Europa. De resultas de ello, apenas se mantuvieron debates relevantes sobre el ascenso al poder por medios electorales o a través de huelgas revolucionarias. En 1914, esas circunstancias empezaron a cambiar. Como país no beligerante, España podía suministrar comida, uniformes, material militar y transporte a ambos bandos. El auge industrial vertiginoso, acompañado de una terrible inflación, alcanzó su punto álgido en 1916. En respuesta a un dramático deterioro de las condiciones sociales, el PSOE y la UGT participaron en una huelga general convocada en todo el país a mediados de agosto de 1917. Incluso entonces, los principales objetivos de los socialistas eran cualquier cosa menos revolucionarios, y no iban más allá de los llamamientos a la instauración de un Gobierno provisional, a unas elecciones a las Cortes Constituyentes y a unas medidas enérgicas para combatir la inflación. La huelga iniciada el 10 de agosto de 1917 fue fácilmente aplastada, y pese a su carácter pacífico desató una salvaje represión en Asturias y el País Vasco, dos de los principales bastiones socialistas, además de Madrid. En Asturias, provincia natal de la familia Carrillo, el general Ricardo Burguete y Lana, gobernador militar de la región, declaró el estado de guerra el 13 de agosto, y acusó a los organizadores de la huelga de ser mercenarios al servicio de potencias extranjeras. Tras anunciar que daría caza a los huelguistas «como bestias salvajes», envió columnas de tropas regulares y guardias civiles a las cuencas mineras, en las

que emprendieron una orgía de violaciones, saqueos, palizas y torturas. Con ochenta muertos, ciento cincuenta heridos y dos mil detenidos, el fracaso de la huelga estaba garantizado.⁹ Manuel Llana, líder moderado del sindicato de mineros de Asturias, escribió en aquel momento sobre el «odio africano» durante una acción en la que una de las columnas de Burguete se encontraba al mando del joven comandante Francisco Franco.¹⁰ Como veterano sindicalista que había experimentado la huelga y la severidad de la posterior represión en Asturias, Wenceslao Carrillo destacó en adelante por su cautela a la hora de tomar cualquier decisión que pudiera desencadenar un conflicto peligroso con el Estado.

Los cuatro miembros del comité de huelga nacional fueron detenidos en Madrid. Se trataba de Besteiro, vicepresidente del PSOE; Largo Caballero, su homólogo en la UGT; Andrés Saborit, líder del sindicato de impresores y ya entonces director de *El Socialista*, y Daniel Anguiano, secretario general del sindicato de trabajadores ferroviarios. Los cuatro estuvieron a punto de ser ejecutados sumariamente, pero a la postre fueron condenados a cadena perpetua. Solo pasaron varios meses en prisión ya que gracias a una campaña de amnistía en todo el país, fueron puestos en libertad al ser elegidos a las Cortes en las elecciones generales del 24 de febrero de 1918. Aquella experiencia tuvo un efecto traumático en la trayectoria de los cuatro. En general, la cúpula socialista, y sobre todo la burocracia de la UGT, quedó conmocionada, y consideró que el papel del movimiento en 1917 había sido una osadía sin sentido. Largo Caballero, al igual que Wenceslao Carrillo, más interesados en la supervivencia material e inmediata de la UGT que en futuros objetivos revolucionarios, estaba decidido a no poner nunca más en riesgo los logros legislativos ya existentes y las propiedades del movimiento en un enfrentamiento directo con el Estado. Tanto Besteiro como Saborit se volvieron cada vez menos radicales. Cada uno a su manera, percibían la futilidad de un ataque frontal del dé-